

UN PASEO POR EL PASADO, EN INGLATERRA, CON MI ESPOSA

Fue un viaje nostálgico al pasado para mi esposa Christine. Resultó ser un momento de comprensión de la vida misma. Sólo por esta segunda razón comparto esta experiencia con mis lectores.

Alargamos un reciente viaje a Suiza e Italia con un par de días en Inglaterra, país en el que había nacido Christine. Había una doble razón para hacer dicho viaje. En primer lugar, ella tiene cuatro tías ancianas, de entre 82 y 95 años, y ambos estamos muy unidos a ellas. A medida que vamos restringiendo nuestro programa de viajes, las oportunidades que tendremos de verlas no serán tantas como en el pasado. Por eso no queríamos venir cerca de Inglaterra y perder la oportunidad de visitarlas. La segunda razón era más personal: Christine quería hacer una especie de última visita a algunos lugares de su infancia, vinculados a algunos recuerdos que siempre la han acompañado. Sería su despedida de lugares que probablemente no volveríamos a visitar. Esos dos días estuvieron llenos de paradas memorables. Todas las tías tenían buen ánimo. Tres son hermanas solteras que viven juntas en el pequeño pueblo de North Boarhunt. La otra, la mayor de las cuatro, es viuda y vive en Bognor Regis. Como es normal, nos pusimos al día de las noticias de la familia y de los chismes del pueblo. Cumplido este trámite, comenzamos el viaje para revivir la infancia de mi esposa.

Christine nació en 1939, seis meses antes del estallido de la Segunda Guerra Mundial, en la localidad de Worthing, Sussex, en el Canal de la Mancha, unas diez millas al oeste de Brighton. En los primeros años de su vida, las playas de Worthing no sólo estaban llenas de minas sino también de alambradas de espinos y de bloques de hormigón puestos allí para impedir una posible invasión alemana.

Junto a Worthing está Sompting, con su Iglesia de St. Mary. Allí se había criado Christine. La iglesia estaba a una media milla de su casa de la infancia, en medio de las colinas de la costa, llamadas "The South Downs", un cinturón verde protegido, donde están prohibidas las edificaciones y abundan las granjas y los senderos.

St. Mary's se construyó en torno a 906 dC, por lo que tiene 1105 años de antigüedad ⁽¹⁾. Tiene una torre sajona rematada al estilo renano, a la que los normandos añadieron el cuerpo de la iglesia, después de la invasión de Guillermo el Conquistador en 1066. Esta clase de longevidad fue importante en la educación de Christine. Sólo cosas de gran valor, como esta iglesia, perduran en el tiempo. Por eso ella desarrolló un profundo respeto por el cristianismo y por su historia. Las crisis de una generación en particular no invalidan un mensaje que recorre y atraviesa los siglos.

La segunda impresión imborrable que dejó St. Mary en sus recuerdos de infancia tiene su origen en la batalla aérea de Inglaterra, en la Segunda Guerra Mundial. Los bombarderos alemanes, acompañados por cazas Messerschmitt, bombardeaban con regularidad Londres y otros centros industriales y puertos ingleses. Estas misiones

¹ NT: Esta columna se publicó en 2011

eran interceptadas por los combatientes de la RAF y los cielos de Inglaterra se iluminaban con los combates. Si los bombarderos no soltaban todas sus bombas sobre los objetivos principales, tenían que descargarlas en la costa de Inglaterra cuando regresaban a Alemania, lo que hizo de Worthing un objetivo secundario.

En un combate aéreo sobre Worthing, los Hurricanes y los Spitfires de la RAF derribaron un bombardero alemán, que clavó su morro en las colinas de South Downs. Los cuatro tripulantes alemanes murieron. La gente de St. Mary salió a recuperar los cuerpos de los aviadores y a darles cristiana sepultura; colocaron los cuatro cuerpos en una determinada zona de su cementerio parroquial. Todo el mundo sabía que en aquella zona estaban "los alemanes".

Esta fue una lección determinante para Christine. Algo, de lo que llamamos «cristianismo» exige tratar con respeto incluso a los enemigos; de modo que esta religión, de suyo, trasciende las mentalidades tribales incluso cuando las tribus están atrapadas en un conflicto desesperado por la supervivencia. En 1963, se desenterraron los restos de estos alemanes que se trasladaron a Dusseldorf, a su sepultura definitiva. Así que la iglesia de St. Mary fue uno de los lugares que visitamos en nuestro viaje de despedida. Paseamos por el cementerio y a veces Christine reconocía un nombre en una lápida y me contaba a qué lo asociaba. Una mujer vicario atiende ahora esta pequeña iglesia de pueblo. El interior se veía limpio, luminoso y bien cuidado. Allí había asistido a celebraciones en el pasado. El cementerio todavía está consagrado y, en el lugar en el que una vez yacieron los alemanes, hay ahora un banco conmemorativo.

Cuando era niña, Christine y sus amigos del barrio, con edades entre los cinco y los catorce años, jugaban en las South Downs y usaban su imaginación para suplir todo lo que les faltaba. Su juego favorito era el de "Robin Hood". Las niñas, como Christine, eran tan castas como Marian o una de sus doncellas. Así que, en nuestro viaje, subimos a las South Downs y recordamos juegos de infancia, comimos moras silvestres y escuchamos los ecos del pasado. Estas colinas son tan especiales para Christine que en su testamento declara que, al morir, desea que la incineren y que sus cenizas se esparzan en las South Downs. Mientras hablábamos sobre esto, empezamos a contemplar el sentido de la vida.

A continuación nos dirigimos a la casa en la que creció. Para llegar, pasamos por su primera escuela y por el lugar donde se convirtió en una *brownie* (especie de grupo boy-scout para niñas) y después en una ex-brownie. La suya era una modesta casa para dos familias, construida en torno a una zona verde común que llegó a conocerse como "la parcela" ya que, durante la guerra, se demarcaron porciones en las que la gente podía cultivar los alimentos necesarios para sobrevivir a la escasez de aquellos malos tiempos. El padre de Christine siempre tuvo fama de hábil hortelano, y ella todavía dice que no hay nada como las patatas nuevas cultivadas sin fertilizantes químicos. Un sobresalto la sacudió cuando doblamos la esquina de Bramber Road y su antigua casa apareció a la vista: ¡la habían pintado de rosa! La nostalgia se esfumó por un momento y se impuso la realidad. No todo «progreso» es un progreso. Rodeamos la casa dos veces, pero su aspecto no mejoró.

Luego dimos una vuelta rápida por las tiendas que antaño formaban la zona comercial. Un enorme supermercado Sainsbury, al otro lado de la calle, ha transformado

radicalmente las costumbres comerciales del pueblo. La Oficina de Correos había desaparecido. Había un *Fish and Ships*, el equivalente inglés a los Mc Donalds, pero también ofrecía comida india y china, lo que revela que el barrio es algo cambiante.

Recorrimos en coche unas pocas millas más, carretera abajo, hasta llegar a una señal que decía "Parking del Anillo de Cissbury". Había sido otra zona de juegos infantiles y de excursión para adultos, en las South Downs. Originalmente, este anillo fue un promontorio fortificado por los primeros habitantes de Inglaterra, en torno al año 1000 aC. En la cima de una colina fácilmente defendible, este pueblo había levantado, cavando a mano, enormes montículos de tierra en un gran círculo, tras el que guardaban su ganado a salvo de los ladrones y tras el que ellos mismos también se guarecían de sus enemigos. El día era frío y ventoso. Subimos por la colina y alcanzamos la cima aproximadamente en una hora. Luego paseamos alrededor del anillo, observamos los pueblos bajo nosotros desde todos los ángulos y contemplamos incluso las aguas azules del Canal de la Mancha. Christine relacionaba las vistas con recuerdos suyos. El anillo era muy grande, y necesitamos cuarenta y cinco minutos para recorrerlo entero. Fue, sin embargo, un momento precioso.

Cuando el paseo nos llevó de vuelta al lugar en el que habíamos empezado, estábamos en el punto más alto. Christine se detuvo, contempló todo lo que había alrededor, a sus pies, y luego, girando muy lentamente de un lado a otro, comenzó a pronunciar sus "adioses". "Adiós, Steyning", empezó a decir, hablando a un pueblo de la parte norte de la llanuras. "Adiós, Sompting", continuó, acercándose a donde estábamos. "Adiós, iglesia de St. Mary. Adiós, Worthing. Adiós, Bramber Road. Adiós South Downs". Parecía algo definitivo, incluso triste. Cuando terminó con sus despedidas, rompí su silencio y la llamé a volver al presente, diciendo: "Hola, Christine". Ella me miró un instante y sonrió. "Te amo", dijo ella, y entonces, en medio de la fuerte brisa de aquella impresionante colina, la abracé tan fervientemente como un hombre de ochenta años de edad puede abrazar a su esposa de setenta y dos. "Yo también te quiero", respondí, y así es.

Fue en aquel momento cuando experimenté lo que creo que es el sentido más profundo que esconde la vida humana. Al final, la vida no es algo que tiene que ver con un lugar, por muy dulce que sea el recuerdo de dicho lugar. En la vida vamos de un lugar a otro, incluso de continente en continente; lo hacemos muy rápido, y con frecuencia. Los lugares nos enriquecen pero no nos definen. Al final, sólo las relaciones pueden definirnos. Viviendo profundamente, derrochando amor y siendo todo lo que cada uno puede ser, es como desbordamos los límites de nuestra humanidad y trascendemos la condición impuesta por tales límites. Esto no podemos lograrlo solos. Hay una soledad radical en nuestra humanidad. Estamos solos en el nacimiento y en la muerte, y sólo con las relaciones podemos vencer esta soledad. Christine y yo somos cada uno parte del otro de una forma tan profunda que ya no puedo dibujar la línea que nos separa. Sin embargo, la singularidad que cada uno posee no se ve comprometida por la profundidad y el significado de nuestra relación. Por tanto, es esa relación la que nos permite caminar sin miedo hacia el futuro. Dejamos el pasado sin olvidarlo pero sin permanecer atados a él.

Esto fue lo que aprendí en la cima de Cissbury Ring, en las South Downs de Inglaterra, al lado de mi maravillosa esposa. Le tengo cariño al pasado pero lo dejo ahí. Vivo en el

presente y lo aprecio. Miro hacia el futuro y todavía tengo grandes expectativas. Y, más importante aún: encuentro que, tanto en el poder transformador de las relaciones humanas en general como en mi vida personal en particular, trasciendo mis límites y experimento lo que creo que es eterno. Mi auto-conciencia se expande hasta que entro en una conciencia universal. Quizá sea esto lo que el autor de la primera carta de Juan tenía en mente cuando escribió que "Dios es amor y [que] quien permanece en el amor permanece en Dios"; quizá sea a esto a lo que se refería el autor del Evangelio de Juan cuando presentó a Jesús diciendo que su propósito es dar vida y vida en abundancia, para todos. Esto es lo que Christine me ha dado: expansión, vida abundante, un nuevo ser y sentido del valor último. Espero que sea esto mismo lo que yo le he dado a ella. Ahí es donde encontramos el tesoro de la vida, ahí es donde nos encontramos con lo sagrado y compartimos la eternidad. Y todo esto mientras mi esposa y yo dábamos un paseo nostálgico por el pasado.

- John Shelby Spong